

El sueño de Maquiavelo

El filósofo Gabriel Albiac ha publicado una novela con Maquiavelo como protagonista: 'Dormir con vuestros ojos', que demuestra la rabiosa actualidad de la obra del autor florentino

JOSÉ ABAD

'Dormir con vuestros ojos' (La Esfera de los Libros) arranca con el relato de un episodio probablemente apócrifo que podríamos titular 'El sueño de Maquiavelo'. Existen varias versiones del mismo. La de Gabriel Albiac presenta a Nicolás Maquiavelo dormido, agonizante. Bárbara Salutati lo despierta para darle su medicina y él le cuenta en qué estaba soñando: mientras dormía se ha visto morir y cómo su alma se salía del cuerpo. Un ángel ha descendido del cielo para guiarlo al Paraíso y un diablo de modales exquisitos lo reclama para llevárselo al Infierno. Ante la duda de cuál ha de ser su morada definitiva, los tres —el alma de Maquiavelo, el ángel y el diablo— deciden comparecer ante Dios y que Él dicte sentencia pero, al llegar a las Puertas del Paraíso, Maquiavelo se cuela dentro y da esquinazo al enviado del abismo. El Paraíso es un lugar de una belleza sin parangón, habitado (o amueblado) por las almas de gentes piadosas: curas, monjes, monjas, etc. Maquiavelo pregunta dónde están los filósofos, los poetas, los artistas, las mujeres hermosas... El ángel le responde que en el Infierno y Maquiavelo, ni corto ni perezoso, sale por donde ha entrado para irse con el diablo.

«Se non è vero, è ben trovato», dice el adagio italiano: «Si no es auténtico, viene muy a propósito». El episodio retrata el talante real de un hombre cuyo mayor placer habría sido, según Gabriel Albiac, «hacer rodar sobre el papel los dados de la inteligencia». Poco a poco, Maquiavelo está saliendo del pozo en el que quisieron hundirlo tanto los paladines de la Reforma como los de la Contrarreforma, los unos por considerarlo un exponente de la decadencia de Roma, los otros por verlo como una avanzadilla de la herejía protestante. La condena del florentino llegó a extremos jamás vistos. Abundan los disparates. En 1549, el cardenal Reginald Pole, luego arzobispo de Canterbury, afirmó que 'El príncipe' había sido escrito con el dedo de Satanás

dando inicio a una auténtica demonización del escritor, especialmente vehemente en ámbito anglosajón: Maquiavelo inspiraría la figura de algunos malvados célebres de William Shakespeare —Yago— e incluso el apelativo afectuoso con que se refieren al diablo en inglés: 'Old Nick' (El viejo Nicolás). Su apellido sirvió para acuñar un adjetivo que denuncia a quien actúa con doblez, hipocresía o perfidia, que nada tiene nada que ver con él. Nadie menos maquiavélico que Maquiavelo. En su tiempo, cuando trabajó para la administración de Florencia, tenía fama de ser un funcionario firme... e incorruptible. Basta leerlo para percatarse de que su mayor pecado fue presentar las cosas como son, no como deberían ser, sin paños calientes.

En su novela, Albiac propone un retrato humano muy alejado de la figura tenebrosa perpetuada por la leyenda negra. Por su epistolario, sabemos que el florentino fue un intelectual de primer orden y un redomado mujeriego; libros y mujeres llenaban su vida. Este es el hombre que interesa al novelista. En 'Dormir con vuestros ojos', Maquiavelo se está muriendo y, en tanto las horas pasan, repasa mentalmente algunos capítulos de su existencia, esos que con terca insistencia vuelven una y otra vez a la memoria. Italia estaba conociendo el mejor de los tiempos y el peor de los tiempos y allí estaba él, en medio de la vorágine. En representación de Florencia, Maquiavelo se codeó con algunos personajes clave de principios del siglo XVI; en la novela entran y salen Caterina Sforza, Cesare Borgia, Alejandro VI, Leonardo Da Vinci, etc. Maquiavelo, hijo de una familia sin grandes medios, se codeó con ellos con un solo aval: la inteligencia; «con ella acabará por hacerse imprescindible a todos», apostilla Albiac. El auténtico sueño de Maquiavelo fue alumbrar a una nueva ciudadana, dueña de sí, que no se dejara engañar por nadie y se preguntara en todo momento por qué sucede lo que sucede. Imprescindible, hoy como ayer.

